

Frente Libertario

Madrid,
23 de marzo
de 1938

Número 428

editado por el comité de defensa confederal = región centro

EL JUEGO DE SER Y NO SER

Posiciones políticas incompatibles

La guerra es la única preocupación de todo antifascista

Hace nueve meses, una campaña desatada contra la Organización confederal se habría pasado bajo los acordes de una charanga ridícula y bullanguera: el incontrol. A juzgar por los periódicos del corro—nos hablaban en todos los tonos de la existencia de incontrolados en la retaguardia.

Fingían desconocer las causas de un mal-estar que existía de hecho en el pueblo, producto de una agitación proselitista y de una serie de disposiciones que mermaban las conquistas revolucionarias de la C. N. T. Para tapar su ofensiva coincidían muchos en pintarnos ante el Mundo como incontrolados incorregibles. No se decía por qué surgían aquí y allá situaciones de protesta.

Tampoco se quería comprender que en Aragón se estaban cometiendo desmanes por los que el Gobierno enviase para poner en vigor un nuevo orden de cosas que pugna con la organización que allí regía desde la ocupación de pueblo y ciudades por las columnas que arrancó Durruti camino de Zaragoza. Nada de esto pesaba en la balanza de los despropósitos. A lo que se iba era a menospreciar a la C. N. T. para hacer justificable una solución de eliminación de ésta y de la F. A. I. de los puestos de responsabilidad, a donde fueron en circunstancias más que difíciles a robustecer autoridades que fallaban y a llenar huecos que se dejaban vacíos de toda ayuda y coordinación. Con este lema de incontrol se decía que, mientras los ministros de la C. N. T. no tuvieran el control de toda la Organización, no había forma de convivir con los confederales y anarquistas. Y ocurrió lo que se esperaba, lo que tenía que suceder; que la campaña aviesa dió sus frutos y que de estos frutos estamos ahora recogiendo consecuencias amargas.

¿Que se suspenden los actos públicos? Pues ella celebra cuantos les viene en ganas hasta tanto que el Gobierno decide revocar la orden. ¿Que todos los grupos—republicanos, socialistas de más o menos tendencia izquierdista—están de acuerdo en que no son horas de bullangas en la calle, de agitaciones de “masas” incontroladas, de lanzamientos de consignas confusionistas entre gente sencilla y que es fácilmente descarrilable? Pues ahí tenemos a los incontrola-

dos, a los que ayer decían que los ministros de la C. N. T. no controlaban a los descontentos de la C. N. T. y de la F. A. I., dispuestos a saltarse a la torera las disposiciones superiores. A torpedear todo intento de que la voluntad de la mayoría en ese Gobierno se imponga sobre su capricho. Son periódicos como “El Socialista”, “Política”, etcétera, quienes mantienen su oposición a que siga esa campaña estéril y poco seria en nuestra retaguardia de consignas lanzadas a troche y a moche, sin control del Gobierno y sin permiso superior. Son figuras de la política gubernamental, como Henche de la Plata, Trigo Maioral, Osorio-Tafall, etcétera, quienes ven con intranquilidad esta indisciplina de

Hasta ayer, la duda tal vez hiciera que no fuésemos tan categóricos; hoy, ante vuestra contumacia en el error, ante vuestra tozudez en salir a la calle para llenarla de gritos irresponsables, de vuestra falta de abnegación, no quedan ya reservas de ningún género. Los que pedían que la C. N. T. se doblegase a vuestra política gubernamental o que abandonase los puestos que en horas difíciles el país le había confiado, tienen el deber hoy de rectificar la política de disociación con sus amigos y colaboradores y salir de la colaboración para ponerse, serena y virilmente, en la acera de las oposiciones.

Y ojalá que, cuando llegase ese momento, la sensatez y la cordura de que viene dando la C. N. T. fuera la norma de vuestras actuaciones cerca de esas “masas”, que ni siguen a quien grita más ni aplaude a quien más le ofrece, sino analiza las obras de cada uno de los que ocupan altos puestos y sigue a aquellos cuyo proceder fué más noble, más recto, más diáfano y más útil a la causa antifascista, que a todos nos debe unir por igual.

Visado

por la

censura

La libertad es, por consiguiente, la base moral de la Anarquía, y la revolución, en el sentido amplia y científico de la palabra, no es más que el medio para hacerla triunfar contra las resistencias que lo oprimen. La violencia no podrá ser nunca el contenido filosófico de la Anarquía, entendida esta palabra no en el significado odioso que le dan los agentes del Gobierno y los periodistas a sueldo del capitalismo, precisamente porque la violencia es el substrato moral del Poder político, el cual, bajo cualquier forma que tome, es siempre tiranía del hombre sobre el hombre: en las monarquías, violencia permanente de uno sobre todos; en las oligarquías, de unos pocos sobre muchos; en las democracias, de las mayorías sobre las minorías.

En todas estas y en cualquier centralización autoritaria que se arroge el derecho de gobernar la sociedad, la coacción es el único argumento persuasivo que se emplea con los gobernados. La libertad política es el único medio para hacerla triunfar contra las resistencias que lo oprimen. La violencia no podrá ser nunca el contenido filosófico de la Anarquía, entendida esta palabra no en el significado odioso que le dan los agentes del Gobierno y los periodistas a sueldo del capitalismo, precisamente porque la violencia es el substrato moral del Poder político, el cual, bajo cualquier forma que tome, es siempre tiranía del hombre sobre el hombre: en las monarquías, violencia permanente de uno sobre todos; en las oligarquías, de unos pocos sobre muchos; en las democracias, de las mayorías sobre las minorías.

Pedro GORI.

Informan de París que el ministro de Negocios Extranjeros, Paul Boncour, ha declarado ante los periodistas que el actual momento reviste un carácter serio, y que se realizará toda clase de esfuerzos para que la autoridad de Francia pueda servir de apaciguamiento en los conflictos posibles entre las Potencias europeas. Se refirió también a la cuestión austriaca y a las repercusiones que ha podido tener, manifestándose decidido partidario de una acción que logre impedir otros actos de fuerza semejantes.

Se sabe que el Vaticano ha intervenido ya, amistosamente, cerca del rebelde Franco, para que cesen los bombardeos de ciudades y poblaciones civiles de la España republicana. El Vaticano ha dado a esta gestión el carácter de "estrictamente humanitario".

Se sabe que el Gobierno norteamericano piensa retrasar el envío de importante cargamento de "helio" a Alemania, ante el temor de que ese gas, en vez de emplearse en el nuevo dirigible comercial alemán, sea destinado a dirigibles militares.

Según noticias de Méjico, el presidente Cárdenas ha entregado a la Prensa un comunicado destinado a tranquilizar a los capitalistas extranjeros.

El documento recuerda las circunstancias excepcionales que han motivado la nacionalización de la industria petrolera por el Gobierno. No tiene la intención de extender sistemáticamente los métodos de nacionalización.

El ministro de Hacienda ha invitado a los representantes de las Compañías expropiadas a una reunión para discutir las cuestiones relativas a la indemnización.

"Le Figaro" dice: "La antigua debilidad de España salvaguardaba la paz en cuanto al paso de las vías mediterráneas y atlánticas. Al intervenir en la guerra española Italia, pone de nuevo sobre el tapete la cuestión de este centro de comunicaciones para obligar a ingleses y franceses a aceptar un debate sobre el Mediterráneo oriental: África y el mar Rojo. Queda además para el porvenir el problema de una España fascista, ambiciosa y fuerte, que pueda verse tentada a utilizar su triple posición en el Atlántico, en el Mediterráneo y en Marruecos para hacer valer su apoyo y su alianza."

La tranquilidad de todos alrededor de un mar, en adelante demasiado pequeño, sólo puede residir en un tratado mediterráneo, revisado periódicamente, que obligue a los principales países del litoral."

"L'Oeuvre" escribe: "Hemos de prever cuál sería la situación de nuestro país si Franco llegara a triunfar. Tendríamos contra nosotros a toda la España republicana, a la que nos hemos negado a auxiliar; a la España franquista, cuya suerte está unida, por más o menos años, a la de Alemania e Italia. Costaría caro a Francia e Inglaterra abandonar sus intereses vitales permitiendo a los países fascistas salirse de la regla."

dicales. Y...

Pero bueno será advertir a los eternos maniobreros, a los que se esconden cuando la tormenta arrecia y reaparecen cuando la creen pasada para criticar la obra de los trabajadores que salvaron la situación, que el proletariado español es mayor de edad y no se deja engañar ni sorprender por nadie. Desde el 19 de julio sabe que es él quien tiene que ganar la guerra, y la está ganando con heroísmo silencioso y abnegado. Pero la está ganando para que España sea libre; para que el pueblo no tenga que soportar nuevas tiranías; para que el viejo régimen de injusticia sea sustituido por otro más avanzado y revolucionario. Quienes sueñen con oponerse a todo esto; los que piensan que los trabajadores les darán en bandeja la victoria, para que hagan con ella lo que quieran, se engañan. España será lo que los trabajadores quieran que sea.

En las etapas de calma relativa que tuvo nuestra lucha, hubo políticos que alzaron su voz para lanzarse contra los Sindicatos, para criticar su obra, para poner obstáculos en el camino seguido por el proletariado español. Que su actitud era absurda y contraproducente nos lo dice el hecho claro y elocuente de que en Francia—país burgués y capitalista—el Gobierno consulte con la C. G. T., para conseguir una intensificación en las industrias de guerra. Pero, en realidad, ya no necesitamos ejemplos de fuera. Cuando nuestra lucha ha llegado a un momento crítico, ha pasado lo mismo que pasó el 19 de julio y el 7 de noviembre.

Ningún antifascista puede tolerar que se especule con lo que no existe más que en la mente acalorada de unos insensatos. Pero tampoco puede concebir que en estos tiempos la insensatez tenga bula para andar suelta por la calle.

Voces en las calles

La irresponsabilidad ambulante

Bajo estos mismos títulos ha publicado "Política" un artículo coincidente con otros que hemos publicado aquí; lo reproducimos a continuación:

"El truco es viejo. Lo inventó la vanidad femenina mal dotada de encantos naturales. Las mujeres escasamente favorecidas por la Naturaleza tienen siempre un medio infame para hacerse seguir de los hombres. Les basta con ponerse delante de ellos. Nadie podía adivinar que estratagema tan pueril hallase imitadores en el ágora; aun parecía menos probable que estos alardes exhibicionistas hubiesen de prosperar a redopelo de la tónica austera de un ambiente de guerra. El sistema sorprendió en los primeros momentos, ya que no por su novedad, al menos por su audacia. No tardó mucho, sin embargo, en labrar su propio descrédito. Arguye, en efecto, inocente travesura sacar patente de invención de unas consignas elaboradas con el esmero ajeno en la conciencia popular y que, a fuer de axiomáticas, han pasado al cantón inoperante de aforismos adocenados. El sistema, por su ingenuidad, quizá suscite alguna sonrisa; pero nadie les irá a la mano en sus afanes a quienes liti-guen unos títulos de propiedad con el sufrido Pero Grullo. Tampoco se siguen mayores daños—como no sean los que sufre la estética—del acaparamiento de percalina y del abuso de los chafarrinones en la propaganda mural. Cada cual tiene sus maneras, y conviene respetar la de todos, aun las de aquellos cuyo estilo consiste en no tener ninguno propio. Pasen a las primeras filas los que temen pasar inadvertidos si no se dejan contemplar en todas partes y en los lugares preferentes. En definitiva, no es lo mismo acaudillar una masa que ponerse delante de ella. Quizá el momento presente no es el más adecuado para promover corrientes de mesianismo, singularmente cuando el Mesías permanece inédito; pero no es cosa de entrar en emulaciones con una legión de saulos, entre los cuales son mayoría los que han encontrado ayer mismo y a la vuelta de la primera esquina su camino de Damasco. Allí cada uno con sus métodos de propaganda. La opinión no es tan tornadiza que cambie de rumbo por el solo hecho de que le pongan una veleta vistosa delante de los ojos."

La propaganda tiene, sin embargo, un tope infranqueable: las órdenes emanadas del Gobierno y el servicio de la guerra. Rebasa los límites de la licitud cualquier campaña de las llamadas de agitación que no esté especialmente autorizada por las competentes autoridades gubernativas. Si en tiempos normales es inadmisibles el fuero de excepción, con mayor motivo resulta recusable en época de guerra la iniciativa de los contraventores. Mal ejemplo dan quienes salen a predicar obediencia al Gobierno y empiezan por desen-

tenderse de ella ellos mismos. No necesitan exégetas officiosos las palabras de quienes llevan sobre sí la máxima responsabilidad de la cosa pública. Conviene dejar quietos los textos autorizados, no vaya a ocurrir que los glosadores espontáneos, en el calor de la improvisación, siembran a voleo en las masas sugerencias confusionistas. No es raro que un orador, al socaire de explicar y apoyar los designios del Gobierno, llegue a conclusiones desconcertantes, en abierta colisión, no ya con el sentido del texto comentado, pero también con los dictados más elementales de la lógica. El Gobierno dice lo que estima oportuno y conveniente en cada instante, y lo dice en términos tan diáfanos, que puede entenderle el pueblo, sin necesidad de recurrir a la ciencia de esos varones especializados en ejercicios hermeneúticos. No hay en la España leal un solo ciudadano que no acierte a valorar las palabras de sus gobernantes. Son muchos, en cambio, los que no han logrado formar claro concepto de la finalidad perseguida por quienes predicán la obediencia sin decidirse a practicarla.

En más de una ocasión nos hemos creído en el caso de recomendar un poco de silencio. El ruido ex-

cesivo tiene semblante de frívola algarabía, por muy nobles que sean las intenciones de quienes levantan el vocerío. No es ése, ciertamente, el ritmo que corresponde a un pueblo cuyo aplomo ha salido indemne en las más dramáticas coyunturas. Voces anónimas llenan de estrépito agudo las calles de Madrid. El ruido toma ahora un aire ambulatorio, en alas de estridentes pregones, que aspiran a alcanzar la calidad de gritos de combate, cuando apenas aciertan a ser otra cosa que gritos plañideros, cuyo acento exasperado, de no denunciar a la legua su condición de lección aprendida a fuerza de ensayos, produciría una depresión morbosa en el ánimo popular. La calle no puede estar a merced de unos grupos ambulantes, compuestos de muchachas y muchachos cuya edad y circunstancias no les discierne suficiente sentido de responsabilidad. Madrid no es pueblo de conciencia adormecida. El frenesí epiléptico que ha invadido nuestras calles no tiene en nuestra ciudad su más adecuado escenario. Aquí somos gente más seria de lo que pudieran creer los animadores de ese espectáculo, en el que ni siquiera figuran primeros actores."

Sin especulaciones interesadas

Los trabajadores van a ganar la guerra para que España sea lo que el pueblo quiera

La guerra sólo puede terminar con la victoria aplastante del pueblo español. Este es el anhelo unánime del proletariado; ésta es la afirmación decidida y tajante de los dos grandes Organizaciones sindicales en su último manifiesto conjunto. Podrá parecer un tanto peregrinilla esta afirmación. No lo es, sin embargo. No lo es, cuando ciertos individuos, acobardados por la dureza de la contienda o defendiendo intereses inconfesables, puedan opinar de distinta manera.

Nos limitamos a señalar claramente nuestra posición.

Sin gritos histéricos, sin alborotos callejeros ni algarabía tras la que poder ocultar temores propios; pero con la fuerza y la energía inexorable con que los obreros españoles saben hacer justicia con todos sus enemigos.

Bien sabemos—acaso hoy mejor que nunca—que la guerra hemos de ganarla nosotros mismos. Es decir, que el triunfo depende de la capacidad de abnegación y sacrificio del proletariado español. Nadie pretenda engañarse especulando con ayudas extrañas. Esas ayudas—salvo el caso de dos países—, o no llegan nunca, o, cuando llegan, lo hacen con miras interesadas. Si las democracias nos ayudasen hoy, si llegaran algún día a con-

cedernos el mínimo apoyo de declarar en pleno vigor el Derecho internacional, no sería nunca por simpatía hacia el pueblo español, sino por defender sus intereses claramente amenazados por la invasión italoalemana. Y, aun así, aun procurando únicamente la defensa de sus intereses, todavía quisieran poner, posiblemente, tales condiciones a su ayuda, que nosotros tuviéramos que rechazarla rotundamente. O, peor aún, serían los intermediarios quienes especulasen

con la necesidad de crear un régimen grato a los ojos de las democracias, para mantener todo un tinglado que es a ellos a quienes más importa sostener en pie.

Pero todo esto, repetimos, no pasa del terreno de las suposiciones y las hipótesis. Lo único real y tangible hasta ahora es el esfuerzo constante y gigante de los trabajadores españoles. Son ellos quienes, desde el primer día, llevan sobre sus espaldas todo el peso de la guerra. Nunca les amilanó ni la potencialidad del enemigo ni las dificultades que se alzaron en su marcha hacia el triunfo. Tuvieron, por encima de todas las demás virtudes, una confianza ciega en la victoria, una moral elevada, una voluntad férrea. No es ahora precisamente cuando iban a cambiar de opinión; ahora que se ha logrado la Alianza Obrera Revolucionaria; ahora que cinco millones de trabajadores se han unido en torno a un programa común. Ahora es cuando en España nadie debe dar un paso sin contar con las Organizaciones sin-

Visado por la censura